



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ESTÉTICAS
ARCHIVO HISTÓRICO



FONDO	BEATRIZ DE LA FUENTE
SERIE	007: ESCRITOS ACADEMICOS
CAJA	019
EXP.	025
DOC	1
FOJAS	1-6
FECHA (S)	1994

Copia del entregado a
Anales, Abril 5, 1996

Resúmen

BF7C19E2SD1F1

Townsend, Richard F. ed.- La Antigua América. El arte de los parajes sagrados.

1a. ed. en español, Grupo Azabache 1993.

1a. ed. en inglés, The Art Institute of Chicago, 1992
The Ancient Americas: Art from Sacred Landscapes.

En torno a la exposición y al libro sobre los parajes sagrados en la Antigua América.

Entre las numerosas publicaciones que se han realizado acerca de exposiciones de arte prehispánico -y no son pocas, ni las exposiciones ni los catálogos-, destaca de modo sorprendente ésta que se llevó a cabo gracias al interés y a la sensibilidad del investigador Richard F. Townsend. Me refiero a la extraordinaria, por bien seleccionada exposición, de aproximadamente tres mil objetos, que montó en el *Art Institute of Chicago*, para recordar, en los mismos tiempos del quinto centenario de la llegada de los españoles a América, los logros cimeros de nuestros antepasados prehispánicos.

Townsend es una figura intelectual destacada por sus investigaciones en torno al arte y a la cosmovisión de los mexicas, los vigorosos creadores de la cultura más tardía de las que constituyeron el universo que hoy nombramos Mesoamérica. Es, a la fecha, director del Departamento de Africa, Oceanía y las Américas del ya mencionado *Art Institute of Chicago* y es autor de dos libros fundamentales

en su área de estudio: *State and Cosmos in the Art of Tenochtitlan*, tesis doctoral publicada por Dumbarton Oaks, y *The Aztecs*, libro que viera su primera luz de manera casi contemporánea a la exposición y, a la publicación en las cuales puso tanto empeño. La dicha exposición se mostró en Chicago, de octubre de 1992 a enero de 1993; en el *Museum of Fine Arts de Houston*, de febrero a abril de 1993, y en *Los Angeles Country Museum* de junio a agosto de este mismo año.

El libro que hoy publica el Grupo Azabache de México, da cuenta cabal de un proceso formal cuidadosamente iniciado en 1988 por Townsend, cuando reunió en el Art Institute de Chicago al grupo de especialistas que habría de contribuir, con sus ensayos, para dar forma al texto que explicaría el sentido de la exposición.

Me ha parecido pertinente relatar, de modo breve y parcial, los antecedentes para aquilatar con justicia, lo que implica y lo que sostiene a una obra como la que ahora presentamos. Sólo el editor y coordinador general, así como su estrecha colaboradora Elizabeth P. Benson, saben de los esfuerzos e inquietudes del proceso interno. No es tan sólo el tiempo, aunque cinco años de trabajo son dignos de respeto, sino sobre todo la idea firme de desarrollar, la conveniencia del tema, la atinada selección de obras y de colaboradores destacados, y la necesaria constancia para salir adelante y con éxito. Todo ello se concretó en la exposición, excelente, pero efímera como todas; el libro, que hoy día tenemos en su versión española, es el agente

portentoso de durabilidad, y el que asegura la permanencia de las obras expuestas, así como de los enjundiosos estudios en torno a ellas. Townsend obtuvo la grata satisfacción de ver cumplido su deseo manifiesto desde un principio de verlo publicado en español. Ahora es posible extender el significado de la exposición, el contenido de los textos, y la visión de tantas obras portentosas, ya que así se alcanza tanto al público que habla inglés, como al no menos numeroso, de habla española.

Los afanes y los días gastados en el esfuerzo individual y de conjunto se ven justamente satisfechos en este libro excepcional. Lo digo con plena convicción, no se ha publicado, a la fecha un volumen sobre arte prehispánico -las imágenes son todas objetos de arte visual- que integre las complejas y variadas cosmovisiones de los pueblos que antiguamente habitaron lo que se habría de llamar América.

Una dimensión radical distingue al libro que comentamos: la de mostrar como se expresan -cuáles son sus signos, cuáles sus símbolos, de qué lenguaje visual se valieron- las visiones que del mundo tenían los pueblos que vivieron en este continente antes de la llegada de los españoles. Así, se da cuenta, siempre a través de las obras de arte, de la unión conceptual que hombre y naturaleza tuvieron en esos tiempos remotos. Pero, me parece, que la originalidad estriba, de manera sustancial, en mostrar al hombre, a la obra por él creada y a su interacción con su universo natural, en toda la extensión del continente

americano. De tal manera que el asombro, siempre presente, no se limita a las creencias y a las creaciones de Mesoamérica y del mundo andino, sino que abarca también -y el asombro se acrecienta-, a las de el sudoeste de Estados Unidos y de la centroamérica actual. Un continente plural pero articulado en lo que de suyo le es radical, diferente y original.

Esto es, me parece, la idea fundamental de este libro, repito, inigualable, y que está dicho de modo más amplio por Townsend en el artículo que lleva por título "Paisaje y Símbolo". El autor asevera que el "vasto repertorio de lenguajes visuales" se conoce por su presencia en los sitios arqueológicos y en numerosos museos de América y de Europa; lo que se desconoce es, de una parte, "el significado de las escenas rituales y las representaciones de acontecimientos míticos e históricos" y, de otra, "las relaciones entre arquitectura, escultura y entorno natural". En tiempos recientes, durante la última década, "las investigaciones de académicos de diversas disciplinas se han dedicado a la interpretación del arte y de la arquitectura de los amerindios, en un esfuerzo por comprender las estructuras más profundas de expresión visual... Dichas investigaciones han revelado la presencia de un tema ampliamente compartido por muchas tradiciones sociales y culturales tempranas. Las artes se apoyan en un orden subyacente que se deriva de la manera en que estos pueblos percibieron y usaron el paisaje y lo transformaron simbólicamente... Así, dicho principio se

observa por igual tanto en los monumentos de las civilizaciones urbanas más complejas, como en las expresiones artísticas de comunidades agrícolas o de tribus cazadoras, cuyas raíces se remontan a un horizonte desconocido en la cultura paleolítica" (p.29)

De modo tal que, la espléndida exposición y el libro que conjuntamente se gestó y vio la luz, se dirigieron, en lo primordial, a iluminar acerca de temas que se encuentran, de suyo, en la base de la cultura universal: el lugar que el hombre ocupa en su dimensión y entorno natural, y los recursos simbólicos que crea para expresarlo y comprenderlo. Dicho de otro modo, cuál es el lugar que tiene el hombre en la naturaleza, qué le significa, y cómo se relaciona con ella.

Asuntos que se insertan en problemas humanos de estructura universal; soluciones específicas en su dimensión particular. Los pueblos de la Antigua América confrontaron, al igual que otros, los retos inherentes a su existencia, pero, a diferencia de otros, les dieron respuestas culturales propias. Cada una en relación a su entorno y circunstancias específicas, y todas, en las Américas, articuladas por una especie de hilo conductor que no es otro, que el mismo que se inscribe en la capacidad creativa del hombre.

Libro de arte precolombino es, sin duda, el que hoy da a conocer al mundo de habla española el Grupo Azabache, pero también es, sobremanera, testigo fiel de los variados modos

de comprensión que tuvo, para con sus ancestros durante los tres milenios antes de la llegada de los españoles a este continente, un afortunado grupo de estudiosos que pudo compartir con un público amplio, sus experiencias en las vísperas del siglo XXI.

Beatriz de la Fuente